

El “unum argumentum” de San Anselmo: un intento de demostrar lo que la fe enseña sobre Dios

MIGUEL PÉREZ DE LABORDA*



Desde que Kant le impuso el nombre de “argumento ontológico” —por ser una muestra de cómo procede la ontología, tal como Wolff la había entendido— es ésta la denominación más usual para referirse a todas aquellas demostraciones de la existencia de Dios que, de uno u otro modo, tienen su origen en el segundo capítulo del *Proslogion* de San Anselmo. Entre estas diversas argumentaciones suelen distinguirse distintos tipos¹; y no son pocas las voces que han llamado la atención sobre la originalidad propia de la prueba anselmiana, que hace que no pueda ser llamada con propiedad “argumento ontológico”.

No pretendo en este lugar hacer un análisis de la propia prueba anselmiana, ni señalar las principales diferencias que la distinguen de las elaboradas por otros filósofos posteriores². Quiero sólo mostrar el peculiar significado que en el *Proslogion* tiene la expresión “argumentum”; y ello para llamar la atención sobre la unidad interna de esta obra, y sobre su distinción con el *Monologion* —aunque sea ciertamente el *Proslogion* una continuación de lo que con esta obra anterior se buscaba—. Con la redacción del *Proslogion*, en efecto, pretende San Anselmo lograr, además de lo que se había propuesto al elaborar el *Monologion* —una demostración breve y sencilla, que hiciese uso de la sola razón y no de la autoridad—, que toda la demostración de la existencia de Dios y de sus atributos (justo, verdadero, feliz, misericordioso...) se llevase a cabo a través de un “único argumento” (*unum argumentum*). Vamos a ver a continuación que tal argumento —teniendo en cuenta el peculiar significado que esta expresión tiene en San Anselmo— no es una “argumentación” o “raciocinio”, sino una *proposición*: la que expresa la idea de Dios sobre la que se funda toda la obra: aquello mayor que lo cual nada puede pensarse (*id quo nihil maius cogitari potest*).

* Ateneo Romano della Santa Croce, Piazza di Sant’Apollinare 49, 00186 Roma

¹ El más completo de estos estudios, por lo que se refiere a la filosofía moderna, es el de D. Henrich, *Der ontologische Gottesbeweis*, Tübingen 1959.

² Me he ocupado de ello en el libro *El argumento anselmiano del Proslogion. Estudio a la luz de la metodología de S. Anselmo*, de próxima aparición.

1. Las características del *Monologion*

A instancias de algunos monjes que con él convivían, que deseaban tener por escrito lo que ya tantas veces les había expuesto en sus frecuentes conversaciones, San Anselmo acepta redactar un opúsculo atendiendo al propio plan trazado por sus discípulos, quienes, según nos dice el propio San Anselmo, «me trazaron el plan de mi escrito, pidiéndome que no me apoyase en la autoridad de las Sagradas Escrituras y que expusiera, por medio de un estilo claro y argumentos al alcance de todos, las conclusiones de cada una de nuestras investigaciones; que fuese fiel, en fin, a las reglas de una discusión simple, y que no buscase otra prueba que la que resalta espontáneamente del encadenamiento necesario de los procedimientos de la razón y de la evidencia de la verdad. También han querido que no me desdeñase de responder a las objeciones de los simples y aun de los necios»².

Cuatro son las cuestiones en torno a las que se articula la propuesta de sus alumnos: prescindir del uso de las Sagradas Escrituras; un estilo claro y comprensible para todos; un procedimiento de prueba que sea racional y riguroso; y la respuesta a todas las objeciones que pudieran ser presentadas. Todas estas características forman parte de la metodología de toda la obra anselmiana, y están presentes en el resto de sus obras —ciertamente de manera bien diversas, dependiendo de las circunstancias—. Son por ello comunes al *Monologion* y el *Proslogion*. Pero es precisamente en torno a las dos centrales —el estilo y la evidencia y rigor de la prueba— donde se encuentran las diferencias entre ambas obras y la causa de la inquietud que da origen al *Proslogion*. Dejo por ello para otra ocasión la consideración de las otras dos características del método que viene requerido: el no usar de ninguna autoridad —que debe ser sin duda interpretado como un nuevo modo de usar la autoridad³— y su proceder dialéctico, en el que se entrelazan las respuestas a objeciones realmente planteadas por alguien y la necesidad interna al propio método de plantear él mismo todas las posibles objeciones⁴.

Una buena manera de comprender la diferencia entre estas dos obras es atender a lo que el propio San Anselmo nos dice sobre la insatisfacción que le había producido el *Monologion*. Poco tiempo después de redactar esta obra, en efecto, comienzan a surgir en él dudas acerca de lo que con ella había logrado. Según él mismo nos confiesa, «después que, movido por los ruegos de algunos hermanos, escribí un opúsculo como ejemplo de meditación sobre la razón de la fe para una persona que razona calladamente consigo mismo con el fin de investigar lo que no sabe, juzgando que aquél estaba compuesto por un encadenamiento de muchos argumentos, me pregunté

² *Monologion*, prol., p. 6, 7-12. La traducción está tomada de J. Alameda, *Obras completas de San Anselmo*, BAC, Madrid 1952. Citaré, de todos modos, remitiendo a las páginas y líneas de la edición crítica de Schmitt.

³ Acerca de esta cuestión cfr. D.S. TONINI, *La S. Scrittura delle opere sistematiche di S. Anselmo. Concetto, posizione, significato*, Pontificium Atheneum Anselmianum, Francoforte 1970.

⁴ Es importante a este respecto observar cómo su conocimiento de las afirmaciones erróneas de Roscelino sobre la Eucaristía, de algunas objeciones planteadas por pensadores judíos, y de la Escuela de Laón, influyen en la ampliación del ámbito de las preocupaciones intelectuales de San Anselmo, que tiene como consecuencia la elaboración de sus dos grandes obras de madurez: la *Epistola de Incarnatione Verbi* y el *Cur Deus homo*.

si no podría tal vez encontrar un único argumento que no necesitara de ningún otro para justificarse, y que él solo bastara para establecer que Dios existe verdaderamente y que es el sumo bien que no necesita de ningún otro ser, y del cual todas las cosas necesitan para existir y ser buenas y todo lo demás que creemos sobre la sustancia divina»⁵.

El *Monologion*, que se había querido redactar «con un estilo claro y con argumentos al alcance de todos» (*vulgaribus*) —de modo que convenciera hasta a quien tiene una inteligencia *mediocre*⁶—, le parece a San Anselmo, cuando vuelve a considerarlo, que está «compuesto por un encadenamiento de muchos argumentos» (*multorum concatenatione contextum argumentorum*). Tal complejidad hace difícil comprender la necesidad racional con la que San Anselmo había procedido en los diversos pasos del *Monologion*; no es suficientemente *breve* para poder mostrar en toda su plenitud la evidencia de la verdad; y no es en absoluto adecuada a la simplicidad del ser de Dios.

2. El *Proslogion*: búsqueda e iluminación

Por ello San Anselmo, inmediatamente después de concluir su *Monologion*, comienza a preguntarse si no sería posible encontrar un “único argumento” (*unum argumentum*) —no ya un encadenamiento de muchos— que: 1) no necesitara de ningún otro para justificarse; y 2) él solo bastara para establecer que Dios existe verdaderamente y que le convienen todos aquellos atributos que por fe sabe San Anselmo que son propios de Dios.

Hasta qué punto esos nuevos requisitos estaban ya presentes en la intención anselmiana al redactar el *Monologion* es difícil saberlo; pero parece lógico pensar que no son sino una nueva y más exigente interpretación de los principios de rigor formal, brevedad y simplicidad allí expuestos. En cualquier caso, es claro que, independientemente de que fuesen o no buscados entonces, no son cumplidos por el *Monologion*, en tanto que en esta obra aparecen diversos principios de los que depende toda la demostración —no habría, por tanto, *un argumento* auto-suficiente—, y en ella no hay una suficiente conexión entre la demostración de la existencia de Dios y

⁵ «Postquam opusculum quoddam velut exemplum meditandi de ratione fidei cogentibus me precibus quorundam fratrum in persona alicuius tacite secum ratiocinando quae nesciat investigantis edidi: considerans illud esse multorum concatenatione contextum argumentorum, coepi mecum quaerere, si forte posset inveniri unum argumentum, quod nullo alio ad se probandum quam se solo indigeret, et solum ad astruendum quia Deus vere est, et quia est summum bonum nullo alio indigens, et quo omnia indiget ut sint, et ut bene sint, et quaecumque de divina credimus substantia, sufficeret». *Proslogion*, proem., p. 93, 2-10. La traducción del *Proslogion* está tomada de M. Fuentes, *Proslogion*, Aguilar, Buenos Aires 1970.

⁶ «Si quis unam naturam, summam omnium quae sunt, solam sibi in aeterna sua beatitudine sufficientem, omnibusque rebus aliis hoc ipsum quod aliquid sunt aut quod aliquomodo bene sunt, per omnipotentem bonitatem suam dantem et facientem, aliaque perplura quae de Deo sive de eius creatura necessarie credimus, aut non audiendo aut non credendo ignorat: puto quia ea ipsa ex magna parte, si vel mediocris ingenii est, potest ipse sibi saltem sola ratione persuadere». *Monologion*, c. 1, p. 13, 7-11.

la de sus atributos —ambas cosas, por tanto, no se hacen a través de un *único argumento*.

Una vez individuado qué es aquello que quería hallar, puso en ello todo su empeño. Según escribe Eadmero —y su narración tiene un cierto carácter de autobiografía anselmiana, en cuanto que fue conocida y revisada por el propio San Anselmo—, «encontró en esta investigación, como él mismo contaba, una gran dificultad. Ese pensamiento le quitaba el apetito y el sueño y, lo que era peor aún, le impedía poner en los maitines y demás ejercicios de piedad la atención conveniente. Se dio cuenta de ello, y, no teniendo aún más que una idea confusa del fin que perseguía, se imaginó que esta idea, objeto de sus preocupaciones, era una tentación del demonio, e hizo todos los esfuerzos por apartarla de su espíritu»⁷.

Pero ni siquiera tales esfuerzos fueron suficientes, y San Anselmo no logró apartar de él tales pensamientos. Él mismo nos lo narra: «Como me entregaba a este pensamiento frecuentemente y con afán, unas veces me parecía que estaba a punto de encontrar lo que buscaba, y otras que la claridad de la mente desaparecía en absoluto. Finalmente, desesperado, quise cesar en la investigación de una cosa que sería imposible descubrir. Pero como quisiera desarraigar de mí este pensamiento para que no me distrajera, ocupándome la mente en vano, de otras cosas que podrían serme provechosas, entonces, aunque yo no quería y me resistía, empecé, con cierta importunidad, a adentrarse en mí cada vez más»⁸.

Entre tales dudas e inquietudes, cuando no estaba seguro ni de la utilidad ni de la posibilidad del proyecto que si había propuesto, tuvo lugar la conocida *experiencia* a través de la cual San Anselmo *halló* lo que buscaba. «Un día —él mismo nos lo narra—, cuando me encontraba muy fatigado, defendiéndome con vehemencia de su importunidad, en la misma lucha de mis pensamientos se mostró aquello de lo que había desesperado, pensamiento que entonces abracé con tanto afán como cuidado había puesto antes en rechazarle»⁹.

Nada nos dice acerca del contenido de lo que *se mostró*; pero queda claro que es reconocido como algo que le *viene dado*. Eadmero es especialmente claro al respecto: «Una noche en que no podía dormir, la gracia de Dios brilló en su corazón; lo que buscaba se manifestó a su inteligencia y llenó su corazón de una alegría y de un júbilo extraordinarios»¹⁰. Es Dios mismo quien ilumina la inteligencia y disipa todas las dudas. San Anselmo no lo afirma en este lugar explícitamente, pero encontramos una muestra de ello en las frecuentes ocasiones en las que se dirige a El pidiendo luz para comprender lo que cree¹¹, y dándole gracias por haberle concedido esta ayuda¹².

⁷ *Vita Anselmi*, L. I, c. 3, 63B. La traducción de la *Vita Anselmi* es de J. Alameda, *Obras completas de San Anselmo*, BAC, Madrid 1952.

⁸ *Proslogion*, proemio, p. 93, 10-16.

⁹ «Cum igitur quadam die vehementer eius importunitati resistendo fatigarer, in ipso cogitationum conflictu sic se obtulit quod desperaveram, ut studiose cogitationem amplecterer, quam sollicitus repellebam». *Proslogion*, proem., p. 93, 16-19.

¹⁰ *Vita Anselmi*, L. I, c. 3, 63B.

¹¹ «Señor, Tú que das la inteligencia de la fe, dame cuanto sepas que es necesario para que entienda que existes, como lo creemos, y que eres lo que creemos». *Proslogion*, c. 2, p. 101, 3-4.

¹² «Gracias a ti, Señor, gracias a ti, porque lo que antes creí porque me lo otorgaste, ahora lo entiendo porque me iluminas, hasta tal punto que aunque no quisiera creer que Tú existes, no podría dejar de entenderlo». *Proslogion*, c. 4, p. 104, 5-7.

3. El significado de *argumentum*

Ahora bien, ¿qué es aquello que San Anselmo desespera de encontrar y que repentinamente se presenta a su inteligencia? La propia naturaleza de la experiencia vivida por San Anselmo manifiesta que no es un complejo razonamiento, sino más bien una idea central que es capaz de arrojar luz sobre las diversas cuestiones planteadas, y de dar sentido y unidad a los otros pequeños descubrimientos que San Anselmo había hecho en el curso de sus indagaciones.

A este respecto, para comprender qué es este *unum argumentum* que San Anselmo trata de encontrar, es imprescindible tener en cuenta que la expresión “argumentum”, en la época en que San Anselmo escribe, tiene un significado distinto de “argumentación” o “razonamiento”; viene usada, por el contrario, en el sentido que Boecio le había dado¹³, es decir, como una proposición que sirve para resolver una cuestión dudosa, en tanto que permite determinar cuál de las diversas alternativas es la adecuada. Como señala Maierù¹⁴, sólo a partir del siglo XII la expresión “argumentum” comienza a designar los propios pasos de la demostración.

Es una característica propia del *argumentum*, en este sentido preciso, el ser más evidente que aquello que a través suyo viene probado. El *unum argumentum* que busca San Anselmo, por tanto, en cuanto que no ha de necesitar de ningún otro para justificarse, será máximamente evidente por sí mismo; y en tanto que es completo respecto a todo lo que la fe enseña sobre Dios —permite demostrar su existencia y su esencia— es el único del que dependerán todas las demostraciones del *Proslogion*. Todo lo que en esta obra viene probado está fundado inmediatamente sobre una única evidencia originaria, que es precisamente aquello que *se mostró* en la inteligencia de San Anselmo: Dios es aquello mayor que lo cual nada puede pensarse.

La manera en que todo el *Proslogion* se articula alrededor de esta idea será considerada a continuación.

4. La estructura del *Proslogion*

Según Eadmero nos narra, el repentino descubrimiento de San Anselmo fue inmediatamente puesto por escrito¹⁵. La rapidez con que fue redactado muestra ya que este primer escrito no puede coincidir en extensión con lo que hoy conocemos

¹³ «Ratio rei dubiae faciens fidem». *De differentiis topicis*, L. I, PL 64, 1174C-D; *In Topica Ciceronis*, PL 64, 1048B.

¹⁴ Según A. Maierù, *Terminologia logica della tarda scolastica*, Edizioni dell’Ateneo, Roma 1972, p. 400, la expresión *argumentum* «da nome della proposizione o delle proposizioni usate come *medium* di dimostrazione, passa a designare i procedimenti stessi della dimostrazione». En el S. XII, según este autor, aparece el nuevo significado (por ejemplo, en la *Logica “Ut dicit”*), aunque algunos (Abelardo, *Excepta Norimbergensia*) todavía lo usan en el sentido boeciano.

¹⁵ Menciona también las curiosas vicisitudes que sufrió esta primera redacción: «pensó que este descubrimiento podría interesar a los otros si se lo comunicaba, y, como estaba libre de envidia, lo escribió inmediatamente sobre tablillas y las confió a uno de los hermanos del monasterio, recomendándole que las guardase con sumo cuidado. Se las pidió algunos días después, pero no las encontró en el lugar en que las había dejado; se pregunta si alguien las ha cogido, pero todo en vano, nadie tiene conocimiento de ellas. Anselmo comienza de

como *Proslogion*; y el propio Eadmero distingue entre una primera redacción y la redacción definitiva¹⁶.

Nada se nos dice sobre qué estaba escrito en esa primera redacción. Pero es lógico pensar que contenía lo que estaba inmediatamente relacionado con lo que *se mostró* en la experiencia que había vivido; y esto se corresponde, evidentemente, con lo que San Anselmo estaba buscando —se mostró precisamente lo que San Anselmo había ya desesperado de encontrar— y, por tanto, con el núcleo central del *Proslogion*.

Ahora bien, lo que San Anselmo estaba buscando era un *argumento* a través del cual pudiese ser demostrada la existencia de Dios, y cuáles son los atributos que le convienen. Pues bien, tal *argumento*, como ya he adelantado, es la idea de que Dios es aquello mayor que lo cual nada puede ser pensado. El modo en que a través de esta descripción de Dios San Anselmo trata de demostrar que Dios existe, es bien conocido: es lo que en ocasiones viene incorrectamente llamado “argumento ontológico”, y se contiene en los cc. 2-4 del *Proslogion*. Es menos conocido, por el contrario, cómo a partir de esta idea va demostrando los diversos atributos divinos. Voy por ello a detenerme brevemente en esta segunda cuestión, para mostrar cómo también en ella ocupa un lugar central la mencionada idea de Dios.

Es en los capítulos 5-13 donde San Anselmo considera los atributos divinos. Pero no es mucho el espacio que dedica a su demostración, pues la mayor parte de estos capítulos está dedicada a resolver diversas *dudas* que podrían surgir en torno a estas cuestiones, que podrían ser asimismo *objeciones* que algún no creyente aduciese contra la fe cristiana: cómo puede ser a la vez sensible e incorpóreo, misericordioso e impasible; cómo es posible que sea omnipotente y que no pueda corromperse o mentir; etc. Y los capítulos 19-23 son dedicados a considerar que los atributos no son partes de Dios y cuál es la relación de Dios con los seres creados, y a hacer algunas observaciones sobre la Trinidad.

La demostración de que a Dios le convienen los diversos atributos es, por tanto, particularmente breve. Dios, dice San Anselmo, en tanto que es aquello mayor que lo cual nada puede pensarse, es necesariamente justo, veraz, feliz, omnipotente, misericordioso, etc., ya que, siendo mejor poseerlos que no poseerlos, tales atributos convienen sin duda a Dios¹⁷. Y en la respuesta a la crítica que le había hecho el monje

nuevo a escribir su argumento sobre nuevas tablillas, y se las confía al mismo hermano con orden de guardarlas más cuidadosamente. Éste las ocultó entonces en lo más escondido de su lecho, pero al día siguiente, cuando menos pensaba en ello, las encontró rotas, y sus trozos, esparcidos por el suelo delante de su cama. La cera de que estaban cubiertas se hallaba dispersa por todas partes; entonces recoge las tablillas, reúne la cera y se va con todo a Anselmo, quien, reuniendo todos los fragmentos, pudo apenas reconstituir lo que había escrito». *Vita Anselmi*, L. I, c. 3, n. 26, 63C.

¹⁶ Después de narrar las mencionadas vicisitudes de la primera redacción, continúa diciendo: «A continuación compuso sobre este tema un libro pequeño por el tamaño, pero grande por el peso de los pensamientos, y de una contemplación muy sutil, al que llamó *Proslogion*, porque en él se entretiene con Dios o consigo mismo». *Vita Anselmi*, L. I, c. 3, n. 26, 63D.

¹⁷ «Quid igitur es, Domine Deus, quo nil maius valet cogitari? Sed quid es nisi id quod summum omnium solum existens per se ipsum, omnia alia fecit de nihilo? Quidquid enim hoc non est, minus est quam cogitari possit. Sed hoc de Te cogitari non potest. Quod ergo bonum deest summo bono, per quod est omne bonum? Tu es itaque iustus, verax, beatus, et quidquid melius est esse quam non esse. Melius namque est esse iustum quam non iustum, beatum quam non beatum». *Proslogion*, c. 5, p. 104, 11-17.

Gaunilón vuelve sobre esta cuestión: «Creemos, pues, de la sustancia divina todo cuanto puede pensarse que es mejor que exista que que no exista. Por ejemplo, es mejor que sea eterna que que no sea eterna, que sea buena que no buena, que sea la misma bondad que que no lo sea. Nada, en efecto, de esto puede no ser aquello mayor que lo cual nada puede pensarse»¹⁸. Es por ser Dios aquello mayor que lo cual nada puede pensarse, por tanto, por lo que le convienen todos aquellos atributos. El argumento —Dios es aquello mayor que lo cual nada puede pensarse— a través del cual se demuestran los atributos divinos es, por tanto, el mismo a través del cual se había ya demostrado su existencia.

Resulta patente, por tanto, que con la demostración de la esencia y de la existencia de Dios que San Anselmo ha hecho en el *Proslogion* —a través de la idea de Dios que repentinamente descubrió como útil para el propósito que se había propuesto—, se cumplen algunos de los requisitos —la brevedad y la autosuficiencia— que San Anselmo se había impuesto para el *Monologion*. Pero ¿ha logrado San Anselmo probar todo lo que cree sobre la sustancia divina?, ¿ha podido verdaderamente entender todo lo que cree, como era su propósito? Es decir, ¿satisface este *entendimiento* todo su ansia de gozar de la contemplación de Dios? Al igual que tras redactar el *Monologion* San Anselmo no había quedado satisfecho, también ahora ha de reconocer que no ha visto cumplido su propósito. Ello le produce una cierta insatisfacción, pero no es razón para dejar de intentarlo: en la medida que vislumbra la meta, es más consciente de lo que le queda por recorrer, y el *intellectus* logrado —por poco que sea— alimenta la esperanza que sostiene la investigación: esperanza de gozar algún día plenamente de lo que ahora sólo se vislumbra.

5. La insatisfacción del *Proslogion*

San Anselmo comienza el capítulo 14 del *Proslogion* expresando —de la gráfica manera que en él es usual— que el ansia de contemplar a Dios que había movido su especulación no ha quedado saciado con lo hasta el momento logrado: «¿Encontraste, alma mía, lo que buscabas? Buscabas a Dios y encontraste a aquel que era el ser máximo de todos, mejor que el cual nada podía pensarse y que era la misma vida, la luz, la sabiduría, la bondad, la eterna bienaventuranza y la bienaventurada eternidad, y que estaba en todas las partes y siempre. Porque si no encontraste a tu Dios, ¿qué es aquello que encontraste y aquello que entendiste con tan cierta verdad y con tan verdadera certeza? Pero, si en verdad le encontraste, ¿cómo es que no sientes lo que encontraste? ¿Por qué no te siente mi alma, Señor Dios mío, si te encontré?»¹⁹.

Lo que hasta el momento ha logrado San Anselmo, más que una adecuada —o al menos suficiente— visión de la naturaleza divina, ha sido un *entrever* lo que Dios es; utilizando su propia terminología, ha sido sólo un ver “hasta cierto punto” (*ali-*

¹⁸ «Credimus namque de divina substantia quidquid absolute cogitari potest melius esse quam non esse. Verbi gratia: melius est esse aeternum quam non aeternum, bonum quam non bonum, immo bonitatem ipsam quam non ipsam bonitatem. Nihil autem huiusmodi non esse potest, quo maius aliquid cogitari non potest». *Responsio editoris*, 10, p. 139, 3-7.

¹⁹ *Proslogion*, c. 14, p. 111, 8-15.

quatenus), pero no “tal como es” (*sicuti est*)²⁰. Es consciente de que hay algo más allá de lo que ve, pero no es capaz de vislumbrarlo.

La causa de esta incapacidad es doble: se debe ciertamente a la limitación propia de nuestro entendimiento, pero también a la infinita perfección de aquello que pretende contemplar: «¿Se ciega su ojo por su debilidad o se deslumbra por tu resplandor? Se ciega ciertamente por ella, y se deslumbra por Ti. Se oscurece por su pequeñez y es anegado por tu inmensidad. Se contrae por su estrechez y es vencida por tu grandeza (...) ¡Qué pureza, qué simplicidad, qué certeza, qué esplendor hay allí! Ciertamente más que lo que puede ser entendido por una criatura»²¹.

Dios, que había sido desde el inicio de la obra descrito como aquello mayor que lo cual nada puede pensarse, es ahora percibido como algo mayor que lo que puede pensarse²², como una luz inaccesible²³. Todo el lenguaje que usamos para hablar de El, por tanto, resulta inadecuado.

Si fuese San Anselmo un filósofo *racionalista* que pusiese todo su empeño en lograr probar mediante la razón todo lo que se propone, no podría negarse que el panorama mostrado parecería desolador. Pero nada más alejado de la realidad: la consideración de los últimos capítulos del *Proslogion* nos va a ayudar a comprender cómo, a pesar de todo, es la esperanza en la futura visión beatífica de Dios de la que gozarán los bienaventurados lo que sostiene la especulación anselmiana. Lo que por medio de ésta se logra *entrever* es sin duda poco; pero es suficiente para estimular al cristiano a seguir intentando anticipar en lo posible tal visión.

6. La esperanza que sostiene la investigación

El deseo de contemplar a Dios, que estaba ya presente desde el inicio del *Proslogion*, moviendo toda la especulación, es a su vez alimentado y perfeccionado en el curso de la especulación. Que está presente desde el inicio de esta obra lo prueba el desarrollo del primer capítulo, que es, como su título indica, una exhortación del alma a la contemplación de Dios.

San Anselmo es consciente de que el alma, por culpa del pecado original, ha perdido «aquello para lo que fue creado»²⁴; la imagen de Dios en el hombre ha sido oscurecida por el pecado, y son por ello muchos los hombres que pueden vivir sin querer buscarle. Al comenzar su obra, por ello, trata San Anselmo de fomentar en los posibles lectores el mismo espíritu en el que surgió este escrito, consciente de que es éste el único modo de que pueda ser comprendido. Por ello escribe: «Y pensando luego que aquello que me alegraba encontrar alegraría a algún lector si estuviera escrito, escribí, sobre esto mismo y algunas otras cosas, el siguiente opúsculo partiendo de la situación de quien intenta elevar su mente a la contemplación de Dios, y

²⁰ Cfr. *Proslogion*, c. 14, p. 111, 21.

²¹ *Proslogion*, c. 14, p. 112, 2-5; 9-11.

²² «Ergo, Domine, non solum es quo maius cogitari nequit, sed es quiddam maius quam cogitari possit. Quoniam namque valet cogitari esse aliquid huiusmodi: si tu non es hoc ipsum, potest cogitari aliquid maius Te; quod fieri nequit». *Proslogion*, c. 15, p. 112, 14-17.

²³ Cfr. *Proslogion*, c. 16, p. 112, 19; 20; 27.

²⁴ *Proslogion*, c. 1, p. 98, 16.

que busca entender lo que cree»²⁵. Y para ello lo primero que hace es recomendar al lector dejar de lado toda inquietud y ocupación, centrándose con todas las energías en buscar a Dios en su propio interior: «Entra en el recinto de tu mente, arroja todo, excepto Dios y lo que te ayude a buscarle, y, cerrada la puerta, búscale. Di ahora, corazón mío, di ahora a Dios: Busco tu rostro, tu rostro, ¡oh Señor, deseo!»²⁶.

A pesar de la inevitable inadecuación de todo el esfuerzo especulativo por encontrar a este Dios al que se busca con tanta intensidad, el deseo de contemplarle no sólo se mantiene, sino que viene fortalecido. El hecho de que sea infinitamente más perfecto que todos los bienes terrenos, nos permite intuir cómo será el gozo de su posesión: «Si cada uno de los bienes son deleitables, piensa atentamente cuán deleitable será aquel bien que contiene lo agradable de todos los bienes, y no cual lo hemos experimentado en las cosas creadas, sino de modo tan diferente como diferente es el Creador de la criatura»²⁷. Pero la esperanza de esta futura posesión no hace menor su interés en anticipar ya en la medida de lo posible parte de ese gozo²⁸, aunque conozca de antemano los límites de este intento.

Prueba de ello son las palabras finales del *Proslogion*, en las que queda bien expresado cómo, a pesar de los límites inherentes a todo intento de mostrar racionalmente todo lo que la fe enseña de Dios, no está dispuesto San Anselmo a renunciar a ello: tras pedir a Dios que le conceda algún día el *gozo pleno* que le ha prometido, añade: «Mientras tanto, medite sobre ello mi mente, háblelo mi lengua. Amelo mi corazón, converse mi boca de ello. Que tenga de ello hambre mi alma y sed mi carne, y deséelo toda mi sustancia hasta que entre en el gozo de mi Señor, que es Dios trino y uno, bendito en los siglos. Así sea»²⁹.

²⁵ «Aestimans igitur quod me gaudebam invenisse, si scriptum esset, alicui legenti placitum: de hoc ipso et de quibusdam aliis sub persona conantis erigere mentem suam ad contemplandum Deum, et quaerentis intelligere quod credit, subditum scripsi opusculum». *Proslogion*, proem., pp. 93, 20-94, 2.

²⁶ *Proslogion*, c. 1, p. 97, 7-10.

²⁷ *Proslogion*, c. 24, pp. 117, 26-118, 3.

²⁸ «Ruego, Señor, que te conozca, que te ame, que goce de ti. Y si no puedo en esta vida plenamente, que al menos avance cada día en ese camino, en tanto que llega aquella plenitud». *Proslogion*, c. 26, p. 121, 14-16.

²⁹ *Proslogion*, c. 26, p. 121, 22-122, 2.

